

LA MUJER EN EL CRISTIANISMO PRIMITIVO¹

A la hora de argumentar por qué en la Iglesia católica romana las mujeres no tienen función alguna directiva y no pueden ordenarse como «sacerdotes» ni, mucho menos, como «obispos», la principal razón aducida es que Jesús, que para los cristianos es el Cristo, no eligió, él, para «apóstol» a ninguna mujer. Ahora bien, es verdaderamente difícil, después de casi dos mil años, saber algo sobre la vida de cada día de las primeras generaciones de cristianos. Efectivamente, apenas si sabemos de su vida normal y corriente, de sus preocupaciones, miedos y alegrías diarios. ¿Cuál era el sujeto de aquella historia?, ¿qué, aquella primera comunidad?

Historia también de mujeres

En cualquier caso, para entender la historia de la primera comunidad hay que saber tres cosas:

- En primer lugar, no era una historia de griegos y romanos, sino de *judíos de nacimiento*. Aunque dentro del ámbito cultural palestino-helenístico pudieran hablar en algunos casos arameo o griego, transmitieron a toda la Iglesia naciente la lengua, la idiosincrasia y la teología judías, y ese es el cuño que de modo inevitable imprimieron a toda la cristiandad posterior -incluidos los cristianos de procedencia pagana- hasta nuestros días. La *primera constelación global* (Paradigma 1) del cristianismo fue la *judeocristiana*.
- Pero además, en segundo lugar, no se trataba de la historia de una élite, por la que suele orientarse la historiografía, sino de la historia de *capas sociales bajas*: pescadores, labriegos, artesanos, gente corriente que normalmente no tiene cronistas. Las primeras generaciones de cristianos no dispusieron del menor poder político ni tampoco buscaron puestos en el *establishment* religioso-político. Constituían un grupo marginal, débil, combatido y desacreditado de la sociedad de entonces.
- Pero sobre todo es importante lo tercero: desde el comienzo mismo no fue solo un movimiento de varones, sino una historia también de *mujeres*, que siguieron a Jesús. La praxis de Jesús, de llamar también a seguidoras, era poco convencional y contradecía las estructuras patriarcales imperantes.

Jesús, amigo de las mujeres

En la época de Jesús de Nazaret las mujeres contaban poco en la sociedad. Como en muchas culturas incluso hoy, en público tenían que evitar la compañía de varones. Las fuentes judías coetáneas rezuman animosidad contra la mujer, la cual, según el historiador judío Josefa, es inferior al hombre en cualquier aspecto incluso con la mujer propia -así se aconseja- debe hablarse poco, y nada en absoluto con cualquiera otra. Las mujeres vivían alejadas de la vida pública en todo lo posible. En el templo solo podían acceder hasta el «atrio de las mujeres». Y en lo referente a las obligaciones de oración estaban equiparadas a los esclavos.

¹ Küng, H.: *“La mujer en el cristianismo”*, Ed. Trotta, 2ª Edición, Madrid, 2011, pp 13-20.

Los evangelios, en cambio, independientemente de lo históricos que puedan ser los detalles biográficos, no tienen inconveniente alguno para hablar de relaciones de Jesús con mujeres. A juzgar por ellos, Jesús se había liberado de la praxis de marginar a la mujer. Jesús no solo no muestra desprecio a las mujeres, sino que se comporta con rara naturalidad con ellas. Él y sus discípulos van en compañía de mujeres desde Galilea hasta Jerusalén. Se menciona por sus nombres a Juana, Susana, María la madre de Santiago y Joset, Salomé y «muchas otras mujeres», sobre todo María de Magdala. A Jesús no le es ajeno un interés personal por las mujeres. El grupo de los discípulos, que anda de un lado para otro sin bienes ni residencia fija, cuenta con el apoyo decidido de mujeres y familias simpatizantes, como la de Marta y María.

Es verdad, ciertamente, que para el estrecho círculo de los Doce, que había de representar al pueblo de las doce tribus del final de los tiempos, Jesús solo escogió a varones. Pero, originariamente, los Doce no fueron llamados «apóstoles». Numéricamente los «apóstoles», los «enviados» con la fe en la resurrección de Jesús, forman un círculo mucho mayor que puede incluir mujeres; es el evangelista Lucas, más de una generación después de Jesús, el primero que identifica a «los Doce» y «los apóstoles». Y en el círculo más amplio de seguidores de Jesús es evidente que las mujeres tienen un papel importante. Estas discípulas, además, guardaron fidelidad al Maestro hasta la muerte, se mantuvieron al pie de la cruz y cuidaron su sepulcro. Mientras que los Doce, de los que uno había traicionado a Jesús, huyeron antes.

Las expresiones de Jesús aparentemente contrarias a la familia hay que interpretadas desde la lógica siguiente: para quienes él considera hermanos dentro de la «familia de Dios» de cuantos hacen la voluntad del Padre, el parentesco de sangre es secundario y la relación entre sexos pierde importancia. Pero, en todo caso, el Nazareno, aunque él mismo fuera soltero, *no* hizo del *celibato* una condición para seguirle. No es posible legitimar una ley del celibato desde Jesús, como tampoco la biblia hebrea dedica, en ningún sitio, alabanza alguna al celibato. Los Apóstoles fueron casados y siguieron siéndolo (Pablo se presenta a sí mismo como una excepción). En cambio, la débil posición jurídica y social de la mujer en la sociedad de entonces queda claramente al descubierto con la prohibición del divorcio (¡por parte del varón, que entre los judíos era el único que podía plantear *acta de repudio!*) que Jesús predica. Este precepto -que en Mateo conoce la excepción del «caso de fornicación»- es, como otros, ideal, que no excluye caída y perdón.

Jesús llama a Dios cariñosamente «padre», «padre mío», «papaíto». Pero con ello no pretendía resaltar el papel masculino. La aplicación del sustantivo «padre» a Dios no significa hacer diferencias sexistas en Dios mismo: Dios no puede ser tomado en exclusiva por el sexo masculino. Dios no es igual a varón; ya en la biblia hebrea Dios presenta también rasgos femeninos, maternales. El título de padre no es más que un símbolo patriarcal, una analogía, de la realidad transhumana, transexual, de Dios, origen también de todo lo femenino y maternal. De ningún modo podría utilizarse para encontrar justificación religiosa a un patriarcado social.

Mujeres en el movimiento judeocristiano de Jesús

Con el estado actual de los estudios no puede ya albergarse duda alguna de que en el discipulado de Jesús y también en la cristiandad primera las mujeres desempeñaron un papel más importante de lo que directamente se pone de manifiesto en las fuentes neotestamentarias. Y hay que agradecer sobre todo a la especialista en el Nuevo Testamento germano-americana *Elisabeth Schüssler Fiorenza* haber estudiado el material



neo testamento desde el punto de vista de «una teología feminista». Sus investigaciones vienen a confirmar que en el primitivo movimiento judeocristiano de Jesús existió «una praxis de igualdad de todos y de contar con todos», discípulos y discípulas: «La mayoría de ellos no eran ricos como los filósofos y las filósofas cínicos; habían elegido prescindir de la riqueza y de una alta posición cultural o social para 'ser libres frente a la propiedad'. Fueron llamados, más bien, de entre la población de cuna pobre, que conocía el hambre y lo que era pasado mal. Eran recaudadores/as de impuestos, pecadores/as, mujeres, niños, pescadores/as, amas de casa, personas que habían sido curadas de sus enfermedades y liberadas de la esclavitud de espíritus malos. Los/as discípulos/as de Jesús no ofrecían un estilo de vida alternativo, sino un *ethos* alternativo: eran los que, sin tener futuro alguno, se encontraron con una nueva esperanza. Eran los que, descartados y marginados, recibieron el regalo de una nueva comunidad».

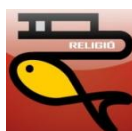
De todos modos, de en qué medida dentro de la primera comunidad judeocristiana las mujeres actuaran también como predicadoras ambulantes carismáticas solo cabe hacer suposiciones. Históricamente la respuesta positiva es tan poco verificable como la tesis de que «en la expansión del movimiento de Jesús entre los no judíos/as las mujeres fueron determinantes». Se debería, pues, ser prudente al deducir, de textos aislados (por ejemplo el de la sirofenicia de Mc 7, 24-30) un «papel histórico de liderazgo» o incluso «puestos directivos de las mujeres». Lo mismo vale para el papel de María Magdalena, que, sin duda, debió ser la figura femenina más importante del círculo inmediato de Jesús.

Pero nada de esto puede hacer perder de vista la idea importante de que la obra de Jesús hizo nacer una comunidad de seguidores en plano de igualdad, que todavía para la situación eclesial de hoy tiene algo crítico que decir. Y aunque tampoco la crítica expresa al patriarcado fuera un elemento esencial del movimiento de Jesús, Elisabeth Schiissler tiene razón cuando afirma: «Ninguna ni ninguno queda excluido; todos y todas son invitados. La parábola del gran banquete inculca en los/as oyentes la idea de que el reino de Dios abarca a todos y todas. Y advierte que quienes fueron invitados «los primeros» y no aceptaron la invitación quedan excluidos. No es la santidad de los elegidos, sino la salvación *de todos*, la visión central de Jesús. Por eso, las imágenes de sus parábolas las toma también del mundo de las mujeres. Y sus curaciones y exorcismos recaen en mujeres. Su anuncio de la «conversión escatológica» -muchos primeros serán últimos y muchos últimos serán primeros- se refiere también a las mujeres y a las estructuras patriarcales que soportan».

Nada de jerarquía patriarcal

El que el mismo Jesús relativizara a los «padres» y sus tradiciones, llamara al círculo de sus discípulos también a mujeres y mostrara su aprecio por los niños incluso, demuestra que las jerarquías patriarcales no pueden apelar a Jesús para justificarse. A la Iglesia primitiva del paradigma judeocristiano (P 1) reunida por la fe en Jesucristo podríamos llamarla *democrática* en el mejor sentido del término (en cualquier caso, ni aristocrática ni monárquica): *una comunidad de libertad, igualdad y fraternidad*; ya que, efectivamente, aquella Iglesia

- no era una institución de poder, ni mucho menos una Gran Inquisición, sino una comunidad de personas básicamente libres;
- no era una Iglesia de clases, razas, castas u órdenes, sino una comunidad de personas básicamente iguales;



- no era un imperio de culto a personas regido patriarcalmente, sino una comunidad de hermanos y hermanas.

De todos modos, debe advertirse que, a pesar de que todos los miembros tenían en aquella primera Iglesia derechos básicamente iguales, que sus deberes y obligaciones eran básicamente iguales, eso no equivalía a *igualitarismo uniforme*, nivelador de toda una variedad de carismas y servicios. Al contrario: ya en la comunidad primitiva de Jerusalén, en la que, según Lucas, se era «un solo corazón y una sola alma», había personalidades contrapuestas, diferentes posiciones, funciones distintas y estructuras provisionales.

Estructuras provisionales.

Por los textos no es posible ignorar que desde el principio existieron en la comunidad -a pesar del final apocalíptico que se esperaba para pronto- unas *estructuras provisionales*: sobre todo, el círculo de *los Doce*, pero también el de *los Siete*, que en los Hechos de los Apóstoles es llamado «helenistas». Ello permite concluir que en Jerusalén, después de la muerte de Jesús, la comunidad de sus seguidores no debió de estar formada solo por judíos arameoparlantes, sino también, en buena parte, por *judíos helenistas grecoparlantes*.

En cualquier caso, el *conflicto en torno a la asistencia cotidiana de las viudas* del que se da cuenta en Hechos de los Apóstoles 6,1 parece reflejar, ya en la comunidad primitiva, una clara división entre «helenistas» por una parte y «hebreos» por otra. División tanto más marcada cuanto que, por todo lo que parece, ambos grupos judeocristianos disponían de su propia sinagoga y de sus propias comunidades domésticas donde, durante las liturgias, la Escritura se leía en la propia lengua, hebreo o griego. Estos judeocristianos de lengua griega -provenientes, socioculturalmente, de ambientes urbanos de la diáspora judía helénica y, por su formación, también más activos espiritualmente- debieron de estar encabezados por el círculo de Esteban (<<los Siete>> todos ellos con nombres netamente griegos); y se mostraban relativamente independientes del círculo de los apóstoles que representaba a los «hebreos» (<<los Doce», representación de las doce tribus de Israel). Lo que al mismo tiempo quiere decir que «los Siete» no debieron de ser unos simples asistentes de «los Doce», según nos ilustran una generación más tarde los Hechos de los Apóstoles de Lucas. Habría que ver en ellos, más bien, «al grupo directivo de una comunidad autónoma» que ya entonces actuaba misioneramente en Jerusalén.

¿Mujeres apóstoles y profetas?

Apóstoles no fueron solo los Doce o los Siete, sino todos los que hicieron de *primeros testigos y predicadores*: cuantos, como primeros testigos, anunciaban el mensaje de Cristo y fundaban y dirigían comunidades. Si también a alguna mujer se le dio el título de apóstol, no puede demostrarse por lo que se refiere al judeocristianismo; pero en el ámbito del pagano-cristianismo la cosa cambiará. Lo que sí es seguro es que, ya en el judeocristianismo, desde el comienzo -y esto se olvida de buen grado- hubo *profetisas* además de *profetas*: aparte de Ágabo, Judas y Silas se habla expresamente en los Hechos de los Apóstoles de las cuatro hijas de Felipe; además, existían evangelistas y ayudantes de todo tipo, hombres y mujeres también.

¿Estamos, pues, ante unos *ministerios* eclesiales? Estos diferentes servicios y vocaciones dentro de la Iglesia entonces nadie los habría llamado así. Efectivamente, en el Nuevo



Testamento, para referirse a las funciones dentro de la Iglesia, se evitan, no sin razón, términos con que en la vida mundana se designa la realidad de un «cargo». ¿Por qué? ¡Porque expresan unas relaciones de poder que la comunidad cristiana no quería incorporar a su vida! En su lugar se acude a un término general diferente, un vocablo de la vida corriente, no religioso, y que suena a cosa de poco valor, incapaz de suscitar ninguna clase de asociación con autoridad, superior, poder o dignidad: el de *diaconía*, el de *servicio*, que originariamente se refiere a servir la mesa. Es evidente que el mismo Jesús, que sirvió a sus discípulos en la mesa, había marcado una pauta irreversible. Solo de esta manera puede explicarse la frecuencia de una frase que nos ha llegado en seis variantes: «Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor (de la mesa) de todos».

